

XLV

El tiempo ahogaba; la situación no admitía espera. Sin detenerse á meditar la conveniencia de aquel paso, se aventuró á darlo. Eran las doce. "Antes que Bringas me descubra—decía poniéndose precipitadamente la mantilla,—prefiero pasar por todo, prefiero rebajarme á pedir este favor á una..."

Refugio vivía en la calle de Bordadores, frente á la plazoleta de San Ginés, en una casa de buena apariencia. Sorprendió á Rosalía el aspecto decente de la escalera. Creía encontrar una entrada inmunda y vecindad malísima, y era todo lo contrario. La vecindad no podía ser más respetable: en el bajo, una tienda de objetos de bronce para el culto eclesiástico; en el entresuelo, un gran almacén de paños de Béjar, con placa de cobre en la mampara; en el principal, la redacción de un periódico religioso. Esto dió á la de Bringas muchos ánimos, y bien los necesitaba la infeliz, pues iba como al matadero, considerando lo que aquel paso la degradaba. "¡Lo que puede la necesidad!—pensó al tirar de la campanilla del segundo.—Y quién me había de decir que yo bebería de este agua. Ahora sólo falta que me eche á cajas destempladas, para que sea mayor mi vergüenza y mi castigo completo." La misma Refugio le abrió la puerta y sor-

prendióse mucho de verla. Rosalía, turbadísima, vacilaba entre la risa y la seriedad; no sabía si aplicar á la de Sánchez el trato familiar ó el trato fino. El caso era muy extraño y encerraba un problema de sociabilidad de muy difícil solución. Desde la puerta á la sala no hubo más que medias palabras, frases cortadas, monosílabos.

"Pase usted por aquí—dijo Refugio á la señora de Bringas indicándole la puerta del gabinete.—Celestina, ayúdame á desocupar estos sillones."

La que respondía al nombre de Celestina debía de ser criada. Así lo pensó nuestra amiga en los primeros momentos; mas luego hubo de rectificar este juicio. El aspecto de Celestina era tan extraño como el de Refugio, y al mismo tiempo tan semejante al de ésta, que no se podría fácilmente decir cuál de las dos era la señora. "Lo probable—pensó la Bringas sentándose en el primer sillón que se desocupó,—es que ninguna de las dos lo sea."

La de Sánchez tenía su hermoso cabello en el mayor desorden. No se había peinado aún. Cubría su busto ligera chambra, tan mal cerrada, que enseñaba parte del seno ubérrimo. Arrastraba unos zapatos de presillas puestos en chancleta, y los tacones iban marcando sobre el piso de baldosín un compás de pasos harto estrepitoso.

"Iba á echarme la bata—dijo Refugio, después de revolver en un montón de ropas que estaba sobre el sofá;—pero como usted es de confianza..."

—Sí, hija, no te molestes—replicó la de Bringas afirmándose en la necesidad de ser amable.—Con este calor...

Mientras esto decía, observó la pieza en que estaba. Nunca había visto desbarajuste semejante ni tan estrafalaria mezcla de cosas buenas y malas. La sala, cuya puerta de comunicación con el gabinete estaba abierta, parecía una trastienda, y encima de todas las sillas no se veía otra cosa que sombreros armados y por armar, piezas de cinta, recortes, hilachas. Destapadas cajas de cartón mostraban manojos de flores de trapo, finísimas, todas revueltas, ajadas en lo que cabe, tratándose de flores contrahechas. Algunas, aunque parezca mentira, pedían que las rociaran con un poco de agua. También había *fichús* de azabache y felpilla, camisetas de hilo y algunas piezas de encaje. Esta masa caótica de objetos de moda extendíase hasta el gabinete, invadiendo algunas de las sillas y parte del sofá, confundándose con las ropas de uso, como si una mano revolucionaria se hubiera empeñado en evitar allí hasta las probabilidades de arreglo. Dos ó tres vestidos de la Sánchez, enseñando el forro, con el cuerpo al revés y las mangas estiradas, bostezaban sobre los sillones. Una bota de piel bronceada andaba por debajo de la mesa, mientras su pareja se había subido á la consola. Un libro de cuenta de lavandera estaba abierto sobre el velador mostrando apuntes de letra de mujer: *Chambras*, 6; *enaguas*, 14, etc... El velador era de hierro con barniz negro y flores pintadas. Sobre la chimenea, un reloj de bron-

ce muy elegante alternaba indignamente con dos perros de porcelana dorados, de malísimo gusto, con las orejas rotas. Las láminas de las paredes estaban torcidas, y una de las cortinas desgarrada; el piso lleno de manchas; la lámpara colgante con el tubo ahumadísimo. Por la mal entornada puerta de la alcoba se veía un lecho grande, dorado, de armadura imperial, sin deshacer y con las ropas en desorden, como si alguien hubiera acabado de levantarse.

Refugio creía que la señora de Bringas la visitaba, cediendo al fin á sus instancias, para ver los artículos de su industria.

—Ha venido usted un poco tarde—le dijo.—¿Sabe usted que estoy vendiendo todo? Yo no sirvo para esto. No sé en qué estaba pensando mi hermana cuando se le ocurrió que yo podía meterme á comerciante... Para que usted se haga cargo... desde que estoy en esto, no he hecho más que perder dinero: pocos pagan, y yo no tengo genio para importunar... Así, cuanto más pronto salga de estos pingajos, mejor. Muchas señoras han venido, y se van llevando lo poco que me queda.

—Sin embargo—dijo Rosalía, sacando de una caja varios *marabouts* y *aigrettes*, y de otra lazos y cordones,—aún hay aquí cosas muy bonitas.

—¿Le gustan á usted esas *aigrettes*?...—manifestó Refugio, gozosa de poder ser rumbosa con ella.—Puede llevárselas... se las regalo.

—¡Oh! no... no faltaba más...

—Sí, sí, que tengo mucho gusto en ello... Para que alguna me lo compre y no lo pague, vale más... Mire usted—añadió pasando á la sala,—también le doy este sombrero: está sin arreglar; pero puede usted llevarse la cinta que quiera.,

Rosalía, asombrada de esta generosidad, y un tanto dispuesta á mirar á Refugio con ojos más benévolos, insistía en rechazar los obsequios.

“¿Me desaira usted porque soy pobre?,” le dijo con acerada reconvención.

Si Rosalía no hubiera ido á verla con el objeto que sabemos; si su afán de proporcionarse dinero no fuera tal que la obligaba á pasar por todo, seguramente habría rechazado las finezas con que aquella mujer, tan inferior á ella por todos conceptos, quería subir hasta su elevada esfera; pero no quiso mostrarle esquividad en el momento de pedir un favor... ¡Y qué favor tan denigrante! Cuando le venía al pensamiento la idea de formular su petición, se empapaba todo su sér en repugnancia, como si por los poros le entrara un licor asqueroso y amargo y corriese por sus venas y le subiera al paladar. Varias veces quiso hacer su demanda, y faltáronle fuerzas para ello. Hasta pensó no decir nada y huir de aquella casa. Pero la lógica inflexible de su necesidad la amarraba allí, y no viendo á su compromiso otro remedio, érale forzoso apechugar con aquel cáliz. “Ya que he hecho el sacrificio de venir—pensaba,—no me voy sin probar fortuna.,” El tiempo apremiaba; ya había dado la una...

Dos ó tres veces trajo las palabras de la mente á la boca, y allí se le quedaron revueltas con una saliva que era hiel pura. “¡Qué tonta soy!—pensaba.—¡Tener reparo delante de esta chiquilla...!” Por fin, tanto luchó, que las palabras salieron tropezando. La infeliz se abanicaba, fingiendo poco interés en el asunto, y hacía esfuerzos para aparecer serena y ahuyentar de sus mejillas el borbotón de sangre.

“Bueno... pues ahora, Refugio, vamos á hablar de otra cosa. Yo he venido á pedirte un favor.

—¿Un favor?—dijo la otra con vivísima curiosidad.

—Un favor, sí—añadió la Bringas, á quien aquella curiosidad desconcertó un poco.—Es decir, si puedes; que si no, no hay que hablar.

—Usted dirá...

—Pues... es decir, si puedes—prosiguió la dama, tragándose la hiel que tanto le estorbaba.—Yo necesito una cantidad. Me consta que tú tienes... Sé que has cobrado en casa de Trujillo no sé cuánto... Pues bien: si quieres prestarme por unos días cinco mil reales, te lo agradeceré mucho... Se entiende, si puedes; si no, no.,

XLVI

¡Qué descansada se quedó cuando lo dijo! Parecía que el gran peso que en su pecho tenía se aligeraba. Refugio la oyó con calma, no pareciendo sorprendida. Después hizo con la boca unos mimos muy particulares. Su contestación no tardó mucho.

“Le diré á usted... dinero tengo, pero no sé si podré disponer de él. Me traerán mañana unas cuentas muy gordas...”

Mirábala á los ojos con impertinente fijeza. Rosalía hubiera deseado que no la mirase tanto y que le diese pronto el dinero. Después de una pausa, en que Refugio parecía hacer estudios de cálculo en el entrecejo de la Bringas, tornó á decir:

“Lo que es el dinero... lo tengo: vea usted...”

Revolvió un cajoncillo que parecía costurero, y del fondo de él sacó un puñado de cosas. Eran trapos, hilos desmadejados y billetes de Banco, formando todo una masa.

“Vea usted... no me falta. Pero...”

A Rosalía se le encendieron los espíritus cuando vió los billetes. Pero se le llenaron de tinieblas cuando la condenada chica de Sánchez volvió á meter el dinero en lo profundo, y moviendo la cabeza, le dijo:

“¡Ay! no puedo, señora, no puedo...”

La Pipaón pensó así: “Lo que quiere esta bribona es que yo me humille más, que yo le ruegue y le suplique y haga algún puchero delante de ella... quiere que me arrastre á sus pies para pisotearme... ¡Ah! cochínísima, si yo no estuviera como estoy, ¿sabes lo que haría? pues levantarte la falda, y coger el palo de una escoba, y llenarte de cardenales ese promontorio de carne que tienes... Grandísima loca, ¿qué más honra quieres que prestar tu dinero á una persona como yo?”

Como es natural, nada de esto que pensaba la dama fué dicho. Al contrario, hubo de recurrir á expresiones melosas y apropiadas á lo crítico del caso.

“Piénsalo bien, hija. Quizás puedas... Lo que tienes que pagar tal vez pueda aplazarse por unos días, mientras que lo mío...”

—Qué más quisiera yo—dijo la otra con afectada conmiseración.—Bastante siento que se vaya usted con las manos vacías...”

El sentido altamente protector de esta frase humilló á Rosalía más de lo que estaba. La hubiera cogido por aquellos pelos tan abundantes, para restregarle el hocico contra el suelo.

“¿No podrías hacer un esfuerzo...?—indicó, sacando valor de lo íntimo de su pecho.

—¡Qué más quisiera yo!... Me da tristeza de no poder socorrer á usted. Crea que lo siento muy de veras. Yo haría cualquier cosa en obsequio de usted y de don Francisco...”

—No—dijo Rosalía con viveza, lastimada de oír el nombre de su marido...—Esto es cosa

mía exclusivamente. Ni hay para qué enterar á Bringas de nada... ¡Oh! es cosa mía, mía...

—¡Ah!... ya—murmuró Refugio, mirándola otra vez fijamente en el entrecejo.,

Rosalía advirtió que después de observarla, la maldita revolvía de nuevo en el costurero... ¿Se ablandaba al fin y sacaba los billetes? No... Hizo un gesto como de persona que se esfuerza en tener carácter para vencer su debilidad, y repitió:

“No puedo, no puedo... Y lo que usted no consiga de mí, ¿quién lo conseguiría? Por usted ó por don Francisco haría los imposibles, y me quitaría el pan de la boca. Crea usted que tengo miedo á mi falta de carácter: yo soy muy tonta, y si usted me llora mucho, puede que me ablande y caiga en la tontería de prestarle el dinero; la tontería, sí, porque me hace muchísima falta.,

“Nada—pensó Rosalía hecha un basilisco.—Esta sinvergüenza quiere que me ponga de rodillas delante... No lo verá ella.,

En alta voz, afectando una calma que estaba muy lejos de tener, le dijo: “Si tanta extorsión te causa, no hay nada de lo dicho.

—No puedo, no puedo. Es un compromiso tan grande el que tengo...—manifestó la Sánchez en el tono de quien corta una cuestión.

—Bueno, no te apures...

—Con que... ¿y cómo no han ido ustedes á baños?.,

Este cambio completo en la conversación puso á Rosalía sobre ascuas. Se doblaba la hoja. No había que pensar en el préstamo. A la

estúpida pregunta del veraneo contestó la señora con la primer sandez que se le vino á la boca. En aquel momento sentía tanto calor, que se habría echado en remojo para impedir la combustión completa de su cuerpo todo.

“Hija, hace aquí un bochorno horrible.

—Espere usted, entornaré las maderas para que entre menos luz.,

Durante un rato, la Pipaón, con el alma en un hilo, miró las estampas de toreros que adornaban la pared. Veíalas confundidas con la desazón angustiosa de su alma. Aquel afán sojuzgaba su dignidad de tal modo, que no vaciló en humillarse un poco más. Dando con su abanico un golpecito en la rodilla de Refugio, pronunció estas palabras, á las cuales hubo de dar, no sin esfuerzo, un tonillo ligeramente cariñoso:

“Vaya, mujer, préstame ese dinero.

—¿Qué?—preguntó Refugio sorprendida.— ¡Ah! el dinero. Crea usted que no me acordaba ya de semejante cosa... ¿Pero qué, tanta falta le hace? ¿Es tan fuerte el sofoco? Francamente, yo creí que usted daba á rédito, no que tomaba.,

A esta maliciosa observación, habría contestado Rosalía tirándole de aquellas greñas despeinadas. ¿Pero qué había de hacer? Tragar acíbar y someterse á todo.

“Sí, hija: el compromiso es fuertecillo. Si quieres, se te dará interés... como te convenga.

—¡Jesús! no me ofenda usted. Si yo le prestara á usted lo que desea, y siento mucho no

estar en situación, lo haría sin interés. Entre personas *de la familia* no debe ser de otra manera.”

Cuando oyó la de Pipaón que aquella buena pieza se contaba entre los *de la familia*, estuvo á punto de perder los estribos... Era demasiado suplicio aquél para resistirlo sin estallar. Rosalía apretaba los dientes, haciendo cuantas muecas fueron necesarias para imitar sonrisas. “Debo estar echando espuma por la boca—pensaba.—Si no me voy pronto de aquí, creo que me da algo.”

Refugio volvió á meter su mano en el costurero y sacó el envoltorio de los billetes. ¡Jesús divino! ¡Si al fin se resolvería...! La de Bringas la vió, con disimulada ansia, sobar y repasar los billetes como si los contara. Después, moviendo la cabeza en señal de desconsuelo, dijo la muy...: “Si no me queda ya nada... ¡Ay! señora, no es posible, no es posible.”

Pero no guardó el envoltorio en donde estaba, sino que lo puso sobre la chimenea. Este detalle avivó las muertas esperanzas de Rosalía.

“Porque mire usted—agregó la otra estirándose en el sillón, como si fuera una cama, y tocando casi con sus pies las rodillas de la dama,—aquí donde me ve, estoy arruinada. Me metí en un negocio que no entiendo, y como no tengo carácter, todos se han aprovechado de mi *pavisosería* para explotarme. Al principio, muy bien: la mar salada y sus arenas... Yo recibía el género, venían las señoras y se lo llevaban como la espuma. Como que

era todo de lo mejor, y nada caro por cierto. Pero cuando tocaban á pagar... aquí te quiero ver. “Que me espere á la semana que entra...”, “Que pasará por allí...”, “Que vuelva...”, “Que no tengo...”, “Que torna, que vira...”, y á fin de fiesta, miseria y trampas. ¡Ay! qué Madrid éste, todo apariencia. Dice un caballero que yo conozco, que esto es un Carnaval de todos los días, en que los pobres se visten de ricos. Y aquí, salvo media docena, todos son pobres. Facha, señora, y nada más que facha. Esta gente no entiende de comodidades dentro de casa. Viven en la calle, y por vestirse bien y poder ir al teatro, hay familia que se mantiene todo el año con tortillas de patatas... Conozco señoras de empleados que están cesantes la mitad del año, y da gusto verlas tan guapetonas. Parecen duquesas, y los niños principitos. ¿Cómo es eso? Yo no lo sé. Dice un caballero que yo conozco, que de esos misterios está lleno Madrid. Muchas no comen para poder vestirse; pero algunas se las arreglan de otro modo... Yo sé historias, ¡ah! yo he visto mundo... las tales se buscan la vida, se negocian el trapo como pueden, y luego hablan de otras como si ellas no fueran peores... Total, que de lo que vendí no he cobrado más que la mitad; la otra mitad anda suelta por ahí, y no hay cristiano que la cobre. ¡Sopla-ollas, fantasmomas! Y luego venían aquí dándose un pisto... “Grandísimas...—les digo para mí,—yo no engaño á nadie; yo vivo de mi trabajo. Pero vosotras engañáis á medio mundo, y queréis hacer vestidos de seda con el pan del pobre.”

Y óigalas usted echar humo por aquellas bocas, criticando y despreciando á otras pobres. Alguna ha habido que después de mirarme por encima del hombro, y de hacer mil enredos para no pagarme, ha venido aquí á pedirme dinero... ¿Y para qué sería?... tal vez para dárselo á su querido..”

Al soltar esta retahila con un énfasis y un calor que declaraban hallarse muy poseída de su asunto, echaba sobre la infeliz postulante miradas ardientes. Esta, hinchando enormemente las ventanillas de la nariz, los ojos bajos, el resuello fatigoso, oía y se amordazaba y contenía sus ganas furibundas de hacer ó decir cualquier disparate.

XLVII

“Por ese descaro—le hubiera dicho ella;—por ese cinismo con que tú hablas de señoras, cuyo zapato no mereces descalzar, se te debía arrancar esa lengua de víbora, y luego azotarte públicamente por las calles, desnuda de medio cuerpo arriba, así, así, así...”

En su mente, le daba los azotes y la ponía en carne viva. Tan volada estaba ya la Bringas y tan grande esfuerzo tenía que hacer para contenerse, que halló preferible cualquier catástrofe doméstica al tormento horroroso que padecía. “Me voy—pensaba:—no puedo aguantar. Prefiero que mi marido me desprecie y me

esclavice, á que esta miserable me escupa la cara como me la está escupiendo..”

Pero al pensar esto, figurábase ver al señor de Torquemada exponiendo á don Francisco, con la rosquilla por delante, la obligación de satisfacer la deuda; representábase luego al irritado esposo... No: con todo el poder de su imaginación, no podía representarse la noble ira de aquel santo hombre tan enemigo de enredos. “Antes que eso—concluyó por decir,—todo, incluso que esta frutilla temprana me pisotee... Yo sola paso la vergüenza; nadie me lo sabe, ni nadie me lo ha de sacar á la cara..”

“Un caballero, amigo mío—dijo Refugio pasando de aquel tono convencido al de la jovial ligereza,—me ha dicho que aquí todo es pobretería; que aquí no hay aristocracia verdadera, y que la gran mayoría de los que pasan por ricos y calaveras, no son más que unos cursis... Porque vea usted... ¿En qué país del mundo se ve que una señora con título, como la Tellería, ande pidiendo mil reales prestados, como me los ha pedido á mí? Aquí ha habido quien se ha pegado un tiro por haber perdido seiscientos reales á una carta. Y cuando un señorito se gasta cien dures con una mujer, dicen que ha arruinado á la familia. Pues no quiero hablar de los que viven de gorra, como muchitos á quienes yo conozco, que van á los teatros con billetes regalados, que viajan gratis, y hasta se ponen vestidos usados ya por otras personas... ¡Todo por aparentar!... Cuando veo á estos tales, me pongo yo muy hueca, porque no debo á nadie, y si lo debo lo pago;

vivo de mi trabajo, y nadie tiene que ver con mis acciones, y lo primero que digo es que no engaño á nadie, que el que no me quiera así que me deje, ¿está usted? porque de lo mío como... Celestina, vete á Levante y dí que nos traigan café. ¿Quiere usted café?

—Gracias,—replicó Rosalía con desabrimiento, ya gastadas las fuerzas.,

Levantóse para retirarse. Aquella mujer le repugnaba tanto y hería de tal modo su orgullo con lo ordinario de aquellas expresiones y la ruindad de aquellos pensamientos, que no quiso humillarse más. Refugio la detuvo por el brazo, diciéndole en una carcajada:

“¿De veras no quiere usted tomar café con nosotras? Espérese, que se me está ocurriendo darle el dinero.”

Rosalía se sentó, y alegrósele el alma con estas palabras. Aquel diablillo que tenía delante y que le hacía mil muecas indecentes, tornóse humano y aun agradable.

“Son las dos y cuarto,—suspiró la de Bringas sin poder dejar de sonreír, y encontrando una gracia particular en la boca grande y en la dentadura mellada de Refugio.

—¿A qué hora tiene que pagar?

—A las tres,—se dejó decir la otra con gran espontaneidad.

—Aún sobra tiempo.,

Oyóse el ruido de la puerta que Celestina había cerrado de golpe, al salir en busca del café. La del diente menos, estirándose más y tomando una actitud, más que perezosa, chabacana, le dijo entre risas muy descorteses:

“Si estuviera aquí la *Señora*, no pasaría usted esos apurillos, porque con echarse á sus pies y llorarle un poco... Dicen que la *Señora* consuela á todas las amigas que le van con historias y que tienen maridos tacaños ó perdularios. Ya se ve: si yo tuviera en mi mano, como ella, todo el dinero de la nación, también lo haría. Pero déjese usted estar, que ya le ajustarán las cuentas. Dice un caballero que viene á casa, que ahora sí que se arma de veras.”

“¿Pero cuántos caballeros conoces tú, grandísimo apunte?—le habría dicho Rosalía, si hubiera estado en situación de ser severa.—Tú tratas con todos los caballeros del género humano. ¿No habrá uno que te tire, de una bofetada, todos los dientes que te quedan, y que, por cierto, son muy bonitos?”

“Sí, lo que es ahora—añadió Refugio con desparpajo,—cambiaremos de aires... Vayan con Dios. Habrá libertad, libertades...”

Esta falta de respeto, esta manera de hablar de Su Majestad, enfadó tanto á la dama, que estuvo á punto de dar al traste con toda su circunspección y llegarse á la infame y decirle:

“Para que aprendas á hablar como se debe, toma este arañazo...”, Contentóse con dos ó tres monosílabos de reprobación. Su cara estaba ya como un pimiento. En una de aquellas manotadas que daba la Sánchez, tiró un cestito que sobre la chimenea estaba, y de él cayó una cajetilla de cigarros.

“¿También fumas, cochina?”, habríale preguntado Rosalía, si hubiera podido hablar con

espontaneidad; pero miró á la otra recoger del suelo la cajetilla, y no dijo nada.

Al poco rato entró el mozo con el café, y dejó el servicio sobre el velador. Fué preciso quitar muchas cosas para hacerle sitio. Refugio y Celestina, después de repetir su invitación á la de Bringas, se prepararon á tomarlo. Ambas se daban respectivamente el mismo tratamiento y se tuteaban con igual franqueza. Lo dicho: no se sabía cuál de las dos era la criada y cuál la señora, aunque realmente Celestina estaba un poco más derrotada que la otra.

“¡Virgen del Carmen! —exclamó para sí Rosalía.— ¡Con qué gente me he metido!... Si el Señor me saca en bien de este mal paso, nunca más volveré á dar otro semejante.”

“Celestina—dijo la mellada en tono amistoso,—¿y yo no me peino hoy?”

La otra explicó su tardanza con lo mucho que tenía que hacer. Todo estaba aún sin arreglar: el gabinete como una leonera, la alcoba lo mismo... Cuando Refugio acabó de tomar su café y Celestina empezaba á poner algún orden en el gabinete, Rosalía, no pudiendo refrenar su impaciencia, cerró con estrépito el abanico...

“Debe de ser muy tarde. Las tres menos cuarto quizás.”

—Lo peor de todo—dijo Refugio jugando con su víctima,—es que... Ahora me acuerdo... Si no puedo, no puedo darle á usted nada. Ya se me había olvidado que hoy mismo, esta tarde misma, tengo que pagar dos mil y pico de reales.”

Rosalía creyó firmemente que una culebra se le enroscaba en el pecho, apretándola hasta ahogarla. No tuvo fuerzas para decir nada. Hubiérase abalanzado á la miserable para clavarle en aquella cara diabólica las diez uñas de sus extremidades superiores. Pero esto que algunas veces se piensa y se desea, rara vez se hace. Levantóse... Sólo pudo articular un sonido gutural, débil expresión de su ira, atezada por la dignidad.

“Está jugando conmigo como un gato con una bola de papel...—pensó.—Me voy; si no, la ahogo...”

“Aguarde usted—dijo Refugio.—Se me ocurre una cosa. Basta que haya prometido socorrer á usted, para que no me vuelva atrás. La palabra de una Sánchez Emperador es palabra imperial... Y, sobre todo, tratándose de la familia...”

“Suelta la familia de tu boca asquerosa,„ le hubiera dicho Rosalía.

“Pues se me ocurre que puedo pedir eso á una amiga.

—¿Pero te haces cargo de la hora que es?—dijo la de Bringas, recobrando la esperanza.

—Si vive muy cerca de aquí, en la calle de la Sal...

—¿Pero te estás con esa calma?

—Quiá... Tendré tiempo de peinarme. ¡Celestina!

—Mujer... no tienes tiempo.”

Refugio se levantó. Rosalía, dando algunos pasos hacia ella, cogió el vestido y lo ahuecó, haciendo ademán de ponérselo...

“Echate este vestido... te pones un manto, un pañuelo por la cabeza...”

Refugio pasó á la alcoba. Desde ella dijo: “mi corsé,” y la de Bringas corrió á llevárselo y le ayudó á ceñírselo. Cuando estaban en tal operación, la taimada se dejó decir esto:

“Bien podía el señor de Pez librarla á usted de estas crujías... Pero no siempre se le coge con dinero. Tronadillo anda el pobre ahora...”

Rosalía no dijo nada. La vergüenza le quemaba el rostro y le oprimía el corazón. Lo que hizo fué apretar el corsé y tirar furiosamente del cordón, como si quisiera partir en dos mitades el cuerpo de la diablesa.

“Señora, por Dios, que me divide usted... Yo no me aprieto tanto. Eso se deja para las gordonas que quieren ponerse un tallecito de sílfide... Qué le parece, ¿me peinaré?”

—No... recógete el pelo con una redecilla, con una cinta... Así estás muy bien... estás mejor... con esa melena alborotada... Pareces una Herodías que hay en un cuadro de Palacio... Vamos, avíate... súbete esos pelos... Mira que es muy tarde... A ver, yo te ayudaré.”

Sentóse Refugio, y la Bringas le arregló la abundante cabellera en un periquete.

“Vaya una doncella que me he echado... — dijo la de Sánchez riendo. — ¡Tanto honor...!”

Y luego, cuando parecía dispuesta á salir, se puso á cantar y á dar vueltas por el gabinete. Rosalía vió con terror que se sentaba en un sillón con mucha calma.

“¡Pero, mujer!...”, exclamó la Bringas sulfurada...

Había en su cerebro un rebullicio como el de los relojes de pared momentos antes de dar la hora. Y la otra, con refinada calma, dijo así:

“Hace mucho calor; no tengo ganas de salir.

—Pero tú... ¿juegas... ó qué...?”

—No se apure usted, señora; no se encabrite, no se encumbre—replicó la Sánchez.—Si se me viene con sofoquinas y con aquello de *ordeno y mando*, no hemos hecho nada. Usted en su casa, y yo en la mía. Los cinco mil reales... mírelos usted: aquí están. Por no salir se los voy á dar, y yo buscaré lo que necesito.”

XLVIII

Como, á pesar de esto, no se los ponía en la mano, Rosalía estaba en ascuas.

“Y le voy á dar un consejo—prosiguió la miserable,—un buen consejo, para que vea que me intereso por la familia. Y es que no ande en líos con doña Milagros, que es capaz de volver del revés á la más sentada. Métase en su rincón, á la vera del pisa-hormigas, y déjese de historias... No vaya más á casa de Sobrino, y créame. Es mucho Madrid éste. No se ffe de los cariñitos de la Tellería, que es muy ladina y muy cuca.”

Rosalía daba cabezadas de aquiescencia. Por fin, la Sánchez puso en su mano los billetes... ¡Oh! ¡qué descanso sintió en su alma la desdichada señora!... Por si á la diablesa se le ocu-